

Formación “Una”

Pierre Jubinville, CSSp



Nacido en Canadá, miembro de la Congregación del Espíritu Santo. Hizo su formación inicial y teológica en Montreal, Congo Democrático y París. Llegó a Paraguay en 1991 para trabajar con comunidades indígenas, después en una parroquia rural y, últimamente, está en la formación y la administración. Tiene intereses en antropología cultural y psicología. Correo electrónico: jubinvillep@gmail.com

La formación inicial o permanente, individual o comunitaria, afectiva o cognitiva, activa o contemplativa, la formación para la VR es “una sola”. Formación fundada en la práctica del carisma. En este tiempo de hiper-especialización y de gran fragmentación de las identidades, necesitamos una representación más reconciliada e integradora de nuestra formación.

A formação inicial ou permanente, individual ou comunitária, afetiva ou cognitiva, ativa ou contemplativa, a formação à VR é “uma só”. Formação fundada na prática do carisma. Neste tempo de hiper-especialização e de grande fragmentação das identidades, precisamos uma apresentação mais reconciliada e integradora da nossa formação.

En Julio de 2009, participé en el Congreso de las Nuevas Generaciones organizado por un grupo de jóvenes religiosas y religiosos del Paraguay, continuando la animación iniciada en el taller de la CLAR realizado unos meses antes en Nicaragua. A partir de esta experiencia me pidieron reflexionar con ellas y ellos sobre el tema de la Formación.

Recogiendo la experiencia vivida durante los últimos diez años, aproveché la oportunidad para permitirme soñar y tener visiones, de esta manera se me presentó intensamente la siguiente intuición: hay “una sola” formación en la que debemos reunir e integrar elementos que en ocasiones quedan separados y dispersos en nuestra representación. Sentí que era importante profundizar, comunicar, o deletrear esta intuición, ni tan nueva, ni tan original, que se me iba confirmando en el contacto con más experiencias de formación inicial y permanente.

A partir de esta intuición, decidí apostar por una propuesta donde se elabora una representación más integral de la formación por la importancia y el bien de la misma y sobre todo para el desarrollo integral de las personas dentro de los procesos formativos. Pido ya disculpas por el carácter un poco evasivo y metafórico de esta reflexión que necesitaría todavía hacerse más concreta y práctica.

1. FORMACIÓN INICIAL Y PERMANENTE

La primera asociación que quiero abordar en el presente artículo es la anhelada y necesitada reconciliación entre la formación inicial y la formación permanente. La separación existe sobre todo en la falsa

idea en la cual hay un comienzo largo y arduo, y luego con una “puesta al día” la formación se va sumando. Ante esta situación considero que existe una sola formación que tiene que enfrentar los desafíos propios de cada edad y cada época; una misma búsqueda de sentido, de coherencia, de radicalidad, que lleve a una profundización que nunca termina a través de toda la vida.

La formación inicial deja un proyecto y herramientas para profundizar y fortalecer la vocación. Por esto, la formación es una dimensión integrada que impulsa a la gran aventura en la Vida Religiosa. Si las hermanas y los hermanos no practican la formación recibida, ésta no se aprovechará en el crecimiento de la persona. Si las religiosas y los religiosos que ya tienen trayectoria no buscan, no se activan personalmente y comunitariamente en un proceso de formación que prolonga lo ya iniciado, la supuesta “formación permanente” se convierte en una serie de cursillos, posgrados, especializaciones, de idas y vueltas sobre varios temas, sin profundidad y sin integración.



Hay “una sola” formación en la que debemos reunir e integrar elementos que en ocasiones quedan separados y dispersos en nuestra representación.



La formación inicial deja un proyecto y herramientas para profundizar y fortalecer la vocación.

Pero entonces: ¿Qué es esta formación inicial-permanente? ¿Cómo se vive? Una aproximación al respecto es la siguiente: La formación inicial-permanente es la práctica del carisma y la reflexión continua sobre esta práctica. Es vivir el testimonio original de la VR hoy, y concientizarnos de lo que estamos viviendo, fortalecer constantemente esta conciencia y renovarla. Esto se realiza a través de unos rituales, unas pedagogías tan sencillas como la reunión comunitaria para compartir, para hacer juntos/as una relectura de experiencias, para ejercitarnos en la oración y en la Lectio Divina... Un ejemplo clásico es el de los Ejercicios Ignacianos que dan un “método” tanto para leer la Escritura como para llevar encuentros comunitarios, para meditar personalmente, para leer los acontecimientos, para hacer proyectos, etc.

La formación inicial y permanente debe unificar y hacer crecer a las personas por medio de ese tipo de “ejercicios” que se viven en toda congregación y que tienen sus raíces en lo más auténtico de la tradición del instituto y en los cuales se inicia a las y los jóvenes candidatas/os

para seguir practicándolos durante toda la vida.

- *Consecuencias concretas:* Tal vez hace falta “consagrar” esos ejercicios comunitarios que muchas veces ya se tienen pero que a menudo se practican como una rutina, sin mucho rigor en el paso-a-paso del método, pero dando una valoración de los objetivos. Nos reunimos para discernir, contemplar y fortalecer la acción de Dios en nuestras vidas. Cada instituto lo hace a su manera, con el tinte de su carisma y espiritualidad. Esto supone el desarrollo de pedagogías prácticas a elaborar, difundir, y animar en la congregación.
- Otra consecuencia práctica al respecto es la atención que debe ofrecerse a las personas consagradas en todas las etapas de la vida y a cada una de las generaciones.
- *Preguntas para el camino:* ¿Cómo definiríamos este centro esencial de la formación, en la VR, en nuestra congregación? ¿Cuáles son mis/nuestras actividades-rituales, de formación continua? ¿Qué podemos hacer para fortalecerlas?



La formación inicial-permanente es la práctica del carisma y la reflexión continua sobre esta práctica.

2. FORMACIÓN INDIVIDUAL Y COMUNITARIA

Necesitamos individuos bien formados, es decir que tengan una identidad consolidada.

Requerimos personas que lleguen a descubrir su don especial, irrepetible e insustituible; personas liberadas para ofrecer ese don con generosidad en el amor. La individualidad es una riqueza que la formación puede cultivar en coalición con la diversidad y la diferencia, en cuanto sea expresión de la riqueza de la vida y no repliegue sobre tendencias egoistas. Si no hay individuos bien formados, la comunidad se puede volver una tropa, un clan, un conjunto marcado por un estilo, un nombre, un hábito.

De ahí que la formación exija vivir intensamente procesos interiores que se compartan en la comunidad, consolidando así estos procesos en nosotras/os mismas/os y en los demás miembros. Esta actitud de compartir necesita un rigor en dos sentidos: para la persona que comparte sus experiencias al visitar su propio misterio, que sea un ejercicio y no un simple desahogo o puesta en común indiferenciada, haciendo el esfuerzo de acercarse lo más posible a la realidad de los hechos; y para las/os que escuchan, que sea otro ejercicio de recibir con genuino interés, con atención a la

persona, con respeto a sus expresiones, haciendo el esfuerzo de marcar la diferencia con la realidad propia y de servir desinteresadamente a la unicidad de la persona.

Interés y desinterés, cercanía y diferenciación, servicio y capacidad de dejar a la persona lo que le pertenece, acogida e interpelación... compartir supone un rigor bien aclarado entre las/os participantes. La comunidad que propicia el nacimiento y el fortalecimiento de las personas, facilita también los procesos que son a la vez, individuales y comunitarios.

En cuanto al carisma reconocemos que es un bien “público”. Tenemos la experiencia de que este don alcanza no solamente a individuos o a la comunidad restringida “con votos”, sino a una familia extensa, gente atraída por la intuición fundante que se percibe en nuestras vidas y en nuestras obras. Es entonces cuando cae el muro que hacía casi imposible el compartir entre “el pueblo” y “la comunidad”.

Recuerdo a propósito de este tema un episodio vivido en mi propia casa: “Usaba el mismo esquema de formación para los postulantes y para un



Necesitamos individuos bien formados, es decir que tengan una identidad consolidada.

grupo de laicas y laicos del barrio reunidos en una iniciativa misionera. Entonces ¿qué es lo nuestro? me preguntó una vez un postulante inquieto. Yo le respondí: ¡Nada y todo! Entonces le intenté explicar: Tu proceso es tuyo, muy personal, muy íntimo, pero comunicable; parte de un intercambio abierto a las/os demás creyentes y los demás humanos. La formación a la VR no es esotérica. No nos hace “más preparados” o “más entendidos”, ni “más santos”. Nos abre a nosotros mismos y nos abre a los demás. Es el mismo muro derrumbado entre nuestro interior y la comunidad, entre la comunidad y la Iglesia, entre la Iglesia y el mundo. Sigue habiendo fronteras y límites pero las fronteras y los límites sirven para la apertura, para que se encuentren identidades que crecen en la interacción. Si no hay apertura, no hay formación. Lo interior no es un terreno privado que yo cuido solo. Es un jardín fecundo donde cultivo con y para las/os demás. Mi identidad no es algo que yo tenga que defender o alzar como un estandarte, es una riqueza forjada en las interacciones significativas, para vivir interacciones más significativas todavía”

- *Consecuencias concretas:* La integración de nuestra formación se proyecta en la formación de otros agentes de la Iglesia, de la sociedad. La necesidad de una sólida “formación humana”

con un esquema psico-social probado es una base que nos ayuda a compartir y a descubrir la “esencia humana” que nos hace semejantes, capaces de entrar en relación con otras experiencias humanas. A partir de allí se redescubre la herencia cristiana, la revelación. También nuestra formación inicial-permanente/individual-comunitaria nos lleva a buscar herramientas de valoración de la diversidad, de la resolución de conflictos, basados todos en la riqueza de la herencia cristiana y de nuestras tradiciones espirituales.

- *Preguntas para el camino:* ¿Cómo compartimos la misma formación con otras personas que tienen otros horizontes eclesiales y sociales? ¿Qué descubrimos en este proceso?

3. FORMACIÓN COGNITIVA Y AFECTIVA

La “dimensión afectiva”, la sexualidad y todo el complejo de cuerpo-sentimientos-emociones ha entrado con fuerza en las preocupaciones formativas de las últimas décadas. Nos damos cuenta de que sin integrar esta dimensión quedamos incompletos, no soportamos las presiones ni los desafíos de la vida. Necesitamos equilibrio, armonía, centro, no solamente conocimientos. Hemos aprendido que, muchas veces, lo afectivo que no conocemos

nos mueve más que los contenidos inteligentes y claros que no sentimos.

Sin embargo, la irrupción de lo afectivo necesita ser integrado también con lo cognitivo. La formación tiene como objetivo alimentar, hacer crecer, abrir a una/o misma/o, al entorno y a la sociedad. Por lo tanto, esta formación, de manera implícita o explícita, debe apoyarse en un modelo teórico, en constante reconstrucción, que ayude a abarcar la realidad en toda su complejidad, que busque e integre los aportes de las ciencias. Aquí se encuentra un gran desafío, el de tener o forjar un modelo formativo antropológico, psicológico, epistemológico, cosmológico, teológico que sea sólido y abierto. En otras palabras, hace falta un esquema de referencia a la vez conceptual y vivencial que cada vez más se amplíe y se profundice con el aporte de la experiencia y de la investigación.

Tenemos que reconocer que este cuadro de referencia de un modelo formativo en esta época tan fragmentada, lo vivamos en forma de búsqueda sin reparo en pensar que uno de los “laboratorios” donde más se lleva a cabo esta indagación es dentro de la misma VR. El “modelo” no es absolutamente límpido, tampoco es puro comienzo o reinención de la rueda. Se cuenta con una rica tradición teológica y espiritual que nos aporta elementos

para este marco referencial, pero hace falta hacerlo más multi-dimensional y que no quede sólo en conceptos generales.

Al reunir lo cognitivo y lo afectivo se presentan algunos desafíos. La época en que vivimos se acomoda muy bien a hacer compartimentos que mantienen la separación y la división, evitando así el compromiso centrado y radical. Esta situación hace constante cosquilleo a lo afectivo y a lo sensual mientras anestesia la verdadera búsqueda de conocimiento, reprimiendo el contacto exigente con la realidad en las áreas donde podría haber conflictos o renuncias. Al mismo tiempo, fomenta algo de doblez, separando lo público y lo privado.

En lo que se refiere a lo cognitivo, un cierto cientismo hiper-especializado marca con sospecha todos los intentos de integración. Sus criterios materialistas, con no pocos corto-circuitos epistemológicos, lleva a veces a un dogmatismo tan cerrado como el de las religiones que detracta. Esto también alimenta la “compartimentación”. Algunas “escuelas”¹ intentan practicar este esfuerzo integrador, así como las antiguas escuelas de espiritualidad,



*Necesitamos equilibrio,
armonía, centro, no solamente
conocimientos.*

pero un cierto espíritu actual hiper-crítico las tilda rápidamente de “sectas”, de tergiversar la ciencia, etc. No por esto hay que abandonar la búsqueda.

- *Consecuencias concretas:* Se ha señalado la falta de “formación” en algunos sectores de la VR refiriéndose a la débil formación intelectual teológica y filosófica. También se ha hablado de la dificultad de otras congregaciones en pasar de una formación clericalista y cerebral a una integración más armoniosa de la vida afectiva. Hay desafíos de ambos lados. Hoy en día, hace falta una introducción seria no sólo en el ámbito filosófico y teológico para elaborar un mapa útil de la realidad. Hace falta vivir nuestra integración a partir de nuestras formaciones específicas, de todas las formaciones (ej. salud, educación, administración, etc.)
- *Repito:* Todas y todos necesitamos una sólida formación humana, con su antropología psico-social fundamental, con puntos de referencia sencillos pero rigurosos, con procesos personales y comunitarios que van más allá del aprendizaje de conceptos. Tal vez el rigor empieza por ahí: si tenemos sólidas bases antropológicas, fundadas en la experiencia humano-espiritual, nuestra teología no será tan etérea, y nuestra formación en todos los ámbitos

profesionales tendrá horizontes no tan estrechos. Necesitamos activar y reactivar la investigación para contribuir a la construcción de ese modelo práctico y teórico integrador. En este esfuerzo, nuestros institutos de VR pueden contribuir sacando de sus tesoros (experiencia, historia, espiritualidad, y sobre todo personas)

- *Preguntas para el camino:* ¿Cómo vivimos la integración de lo afectivo con lo cognitivo? ¿Cómo, desde nuestros carismas contribuimos al surgimiento de un modelo práctico y teórico realmente integrador?

4. FORMACIÓN CONTEMPLATIVA Y ACTIVA

En muchos centros de animación de vida espiritual, ya no se habla de meditación o de contemplación refiriéndose a los ejercicios de oración o lectura orante, se está empezando a hablar de “experiencia”, lo cual es oportuno porque da la pauta de una nueva integración: No existe la dimensión espiritual por un lado y los quehaceres de la vida cotidiana por otro; no hay dos mundos, natural y sobrenatural, superpuestos. Hay una sola realidad, coexisten experiencias de vida que abarcan todo. La formación está fundada en la experiencia, en las experiencias cotidianas, en la vida acogida, observada

y meditada. Se puede decir también “analizada” en el sentido freudiano o sociológico, y hasta con la visión de las ciencias bio-físicas, significa ser escuchada y contemplada profundamente.

La experiencia es misterio, fuente inagotable de descubrimientos gozosos y novedosos. Todo lo que vivimos es importante e interesante. La formación parte de ahí. La experiencia es el espacio sagrado donde vivimos el culto a Dios a través de nuestras decisiones. Por esto, todo se vuelve contemplación. Toda mi vida es acción fecunda, la que yo llevo, construyo y muevo con mis decisiones, hasta cuando son decisiones de quedarme quieto, en silencio, esperando y acogiendo la gracia. Todo es también vida que recibo del amor gratuito de Dios.

Esta “primacía de la experiencia” es muy importante, ya que además de ubicar lo afectivo y lo conceptual en sus lugares propios, es la base de la fe. Ayuda a vivir significativos tramos de vida “sin saber”, soportando la espera y las frustraciones cuando el camino no está del todo claro. Si la experiencia es primero, entonces puedo vivir sin comprender todo; puedo vivir con sentimientos contradictorios, porque confío en lo ya vivido y construido; puedo creer en las promesas recibidas que son las luces del momento hasta que otra luz nueva

y más fuerte ilumine mi mente, mi corazón y me permita ver, tomar conciencia y entender.

Los ejercicios de formación, los encuentros de discernimiento comunitario, la mirada profunda, todo lo relacionando con lo aprendido, con las mociones interiores, todo esto sirve para “prender luces”. De la misma manera se miran también las experiencias donde afloran nuestras dinámicas no tan conscientes, no tan libres, los funcionamientos no razonables, las rigideces, los bloqueos. Esta unión entre la experiencia y la mirada profunda es válida para toda espiritualidad y para toda la humanidad. Es una unión que permite dar una increíble tesitura a todo lo que vivimos, así mismo libera a la investigación y a la búsqueda, que es el motor del crecimiento.

Aquí aflora una dimensión propia de la fe cristiana. Desde la noche de Pascua, desde la creación del mundo, el amor de Dios se encuentra en la carne, en la experiencia humana con todas sus riquezas. En Jesús, se “unen lo humano y lo divino”, (Cf. Pregón Pascual): El es nuestro modelo de “hombre integrado” no por algún “milagro” objeti-



La experiencia es el espacio sagrado donde vivimos el culto a Dios a través de nuestras decisiones.

vo y fuera de nuestro alcance, sino por sus decisiones humanas. Contemplar su vida es mirar nuestra propia realidad. Debemos atrevernos a entrar más en esta meditación como hermanas y hermanos de Él.

¿Jesús cómo vivió su integración? La respuesta a esta pregunta vale para nosotras/os también. Él es “Hijo de Dios” no para marcar así una inalcanzable posición de superioridad o de enajenamiento de nuestra experiencia. Jesús se hizo servidor, ejemplo, modelo de humanidad para romper el muro que nos separaba de nuestra auténtica presencia hacia nosotros/as mismos/as y entre nosotros/as. Aquí la integración se hace verdaderamente “reconciliación”.

- *Consecuencias concretas:* Una nueva dimensión de la reunión comunitaria es el compartir experiencias y la ayuda mutua para mirarlas. El arte de escuchar ayudando a tomar conciencia, se vive como una contemplación comunicativa que alienta y hace crecer.
- Toda la vida y todas las vidas son historias sagradas, por que se refieren a las personas. Todo es importante: Es tiempo de integrar el trabajo, la economía, y muchas otras actividades nuestras como tópicos de contemplación y espacios de formación. Esto nos

lleva a querer una teología más narrativa donde se unen lo práctico y lo conceptual; nuevos institutos de teología que no sean ni secamente universitarios, ni fríamente legalistas, sino más cercanos a la experiencia espiritual-eclesial; una liturgia con más materialidad de los símbolos y menos palabras, pero palabras más serias.

- *Preguntas para el camino:* ¿cómo vivimos la “primacía de la experiencia” en nuestra formación inicial-permanente? ¿Qué rituales hemos ideado para reflexionar, contemplar y celebrar la Liturgia?

CONCLUSIÓN

Formación una, formación integradora, es importante para nosotras/os, para vivir una Vida Religiosa abierta, misionera, feliz, radical. Es primordial para la Iglesia pasar a un modelo de formación de procesos integradores. Es importante para nuestra sociedad que busca referencias y sentido de la vida y que se experimenta fragmentada, unir y armonizar sus elementos. Querer una formación más integradora y más

Formación una, formación integradora, es importante para nosotras/os, para vivir una Vida Religiosa abierta, misionera, feliz, radical.



decididamente abierta, no es solamente arreglar nuestra casa, es aportar a nuestro mundo, como lo hicieron generaciones anteriores en la VR, forjando espiritualidad, lanzando proyectos, impulsando nuevos estilos de vida y comunicando su fuego a las/os demás.

NOTAS

¹ Pienso en la “Escuela de Rulla” que realmente se ha empeñado mucho en la tarea de construir un modelo teórico y práctico integrador. Mi propia formación la hice en el Instituto de Formación Humana Integral de Montreal (IFHIM) al que debo muchísimo.